

mucho su conducta, le aconsejé que me obedeciese si no quería tener por qué arrepentirse, é hice que la canoa bajara de nuevo al lugar de que quería llevarme un recuerdo. Ya establecido allí y habiendo quitado de mi techo los dos monos, saqué un dibujo de mi canoa, y luego otros cuatro que me salieron perfectamente.

Habiendo oído decir á Policarpo que la canoa era demasiado grande para ir al Freguesia, deduje que en él debía haber algún paso estrecho y á propósito únicamente para *montarias* (troncos huecos de árboles). Habíamos convenido por consiguiente en que tomaríamos una. A nuestro paso vimos por lo menos treinta; pero cuando decía á Policarpo que pidiese una, me respondía siempre: «*Te (até) lago santos.*» Yo no podía pensar que no hubiese llegado el tiempo de servirse de ellas; pero cuanto mas avanzábamos en el río, en menor número las hallábamos.

Parecióme que el pobre Miguel trabajaba escésivamente mientras que el holgazán Policarpo descansaba á todas horas con los brazos cruzados. La paciencia me abandonó por completo, y arrancándole bruscamente del sitio donde estaba sentado, le puse en la mano un remo y por primera vez le hice trabajar cinco minutos.

Pasado este tiempo, descubrí tres *montarias* amarradas en un puertecillo, y esperé á ver qué hacia Policarpo. Lo que este malsin hizo fue decir á su camarada que se encaminase hácia aquel lado. Al llegar cerca de tierra, Miguel fue el primero que desembarcó. Policarpo volvió á su lugar acostumbrado, y se puso á hacer un lio en un pañuelo sin importarle un ardite lo que yo le había encargado, esto es, que fuese á tomar la montaria, tan indispensable á la sazón. Yo le miraba tranquilamente sin sospechar lo que se proponía; él se pasó el lio por el brazo, cogió un largo palo que había cortado el día anterior, y con el que yo había rechazado la canoa, saltó apresuradamente á tierra, y sin decir oste ni moste se encaminó al bosque. Cuando se halló á unos quince pasos, preguntéle á dónde iba.—«A pasear por el bosque,» —me respondió con insolente sorna; frase que entre los indios significa que se fugan.

Al oír estas palabras pasó dentro de mí algo que no acierto á explicarme; y sin poder decir cómo me ví con la rodilla sobre Policarpo, mis cinco dedos ensangrentados, y mi revolver, que sin duda se escapó de mi bolsillo, apretado convulsivamente y levantado en ademán de romperle con él la cabeza; el palo estaba á mas de veinte pasos, y Miguel presenciaba la escena en una absoluta inmovilidad. Si no maté á aquel miserable y no le pagué con un solo golpe todos los males que había intentado causarme, fue porque su cadavérica palidez me hizo creer que le había herido. Aquel indio cobrizo, casi negro, estaba com-

pletamente desfigurado y apenas se movía. Tuve miedo por un instante y me levanté rápidamente: creo que estaba tan trémulo como él. Arrojóse á mis pies y me pidió perdón, prometiéndome que si lo llevaba al Pará no tendría motivo de queja. ¿Qué podía hacer sino perdonar?... ¡Me sentía tan tranquilo al ver que no tenía que acusarme de un asesinato cuyo recuerdo me hubiera perseguido siempre! La sangre le corría en abundancia, pues como hacia mucho tiempo que no me cortaba las uñas, estas le habían lastimado profundamente. Hícele lavar bien, y para que sus heridas se cerrasen pronto les apliqué colodion, despues de prevenirle que padecería un poco en los primeros momentos, pero que en breve le pasaría el dolor. Díle en seguida doble ración de cachassa, y al verlo tan débil me sentí completamente desarmado, pues hasta me pareció que tenía razones en abono de su mal proceder. Me inspiraba lástima y me proponía reparar el mal que había hecho. Mis ideas acerca de aquellos hombres ignorantes se habían modificado, y perdonaba entonces sinceramente á los indios fugitivos, y aun al guardia nacional Ceferino las malas pasadas que me había jugado. En una palabra: despues de un hecho que no había dependido de mi voluntad sino de un impulso irresistible, temblaba al ver el resultado de mi momentánea cólera.

No obstante, esta sensibilidad á nada conducía. Envié á los dos hombres para que pidiesen en la choza que suponía á pocos pasos, el permiso de tomar una *montaria*, á fin de continuar mi viaje con uno de ellos. Como Policarpo tenía tantas razones como yo para volver al Pará, y como por lo demás, aparte del odio que me profesó desde el primer momento y cuyos tristes efectos esperímenté, nada me había robado, resolví confiarle la custodia de la canoa grande con preferencia al otro indio, á quien solo conocía desde dos ó tres días antes. Policarpo y Miguel fueron, pues, á pedir á una choza distante la necesaria autorización; muchas horas duró su ausencia, lo cual me hizo sospechar que fraguaban alguna bribonada. Sin embargo, volvieron.

Policarpo desató una montaria y trasladó á ella mi morral, mis municiones y mi pólvora.

Antes de partir convine con Miguel en que Policarpo no abandonaría la canoa un solo instante, pues podía suceder que volviésemos antes de la noche, dado que ninguno de nosotros sabía el tiempo que era preciso invertir para llegar al lago y al Freguesia, objeto de mi viaje.

Pocos instantes despues de emprendido este, Policarpo me llamó para mostrarme la escopeta que había dejado olvidada. Esta sola atención hubiera bastado para inspirarme confianza, y aquella vez partí completamente tranquilo.

Nada anunciaba el paso angosto que podía hacer

necesaria otra canoa, y no tardé en comprender que solo aversion al trabajo había inspirado á Policarpo: no era un paso estrecho lo que él había temido respecto de la canoa, sino la necesidad de ayudar á Miguel á remar en la mia. Arrepentido entonces de haberme dejado engañar por tan grosero artificio, me prometí no caer en la misma red á la vuelta de mi breve escursión, y hacerle trabajar con ahínco, puesto que le daba triple estipendio que al buen Miguel, que desempeñaba el trabajo de dos hombres sin quejarse.

Tomado este partido, y completamente borrado el recuerdo de todo lo anterior, me entregué resueltamente á la caza. Maté una hermosa águila negra de cabeza blanca, un bello ánade *ipiqui* y tres aves acuáticas llamadas *peusonha*.

Cuanto mas avanzábamos mas se ensanchaba el río, y por primera vez desde mi estancia en el Sur encontré montañas altas con sus árboles formando anfiteatro. Los mas próximos al agua estaban cubiertos de detritus de todo género, y algunas veces me parecía ver aldeas enteras con techos de paja ó montones de heno. Aquellas aglomeraciones detenidas sobre los árboles á gran altura me hacían pensar que lo que veía era efecto de un desbordamiento de las aguas en ciertas épocas del año, en el poco caudaloso Juruti. Nada allí se asemejaba, si se exceptúan las montañas, á lo que estaba acostumbrado á ver. Cada árbol parecía metamorfoseado en millones de serpientes, y á diferencia de las formas ordinarias de las raíces de mangles, solo se veía por donde quiera enroscamientos. Todos aquellos árboles formaban al parecer uno solo, y sentía vivamente que tanto me escasease el tiempo destinado al dibujo. No obstante, no pude contenerme, y saqué dos ó tres aceleradamente.

Despues de subir durante mas de tres horas, comprendí que sería imposible volver antes de la noche, porque al río seguía un lago, y el Freguesia corría al lado opuesto.

Aproximábase la noche cuando entramos en el lago, pero por ningún lado se descubría el menor indicio de habitación. Miguel estaba cansado; y no obstante, nada en su exterior anunciaba el descontento.

Finalmente, descubrimos á lo lejos una vaga claridad, y luego otra: aquel era el término del viaje.

Despues de amarrar la canoa nos dirigimos á un grupo como de veinte casas, cuyos dueños dormían sin duda. La iglesia descollaba en la cima de una colina.

El cura, que me recibió afablemente cuando le dije de qué parte venía, poseía una serpiente muy extraña, y tuvo la bondad de regalarme la piel, que estaba bastante deteriorada, no habiendo sido posible hallar la cabeza.

Terminada la comida, que se compuso de una tortuga asada y de un pescado exquisito llamado *arana-*

na, el cura me dijo que si podía disponer de algunos días me llevaría á un gran lago bastante próximo al Freguesia, en el que, hallándose sin duda todavía bajas las aguas, vería el esqueleto de la serpiente mas voluminosa que tal vez ha existido, pues tenía por lo menos cien pies de largo...

....No obstante, la idea de lo que podía haber ocurrido con mi canoa me traía muy inquieto, pues media á fondo en aquel momento toda la estension de mi imprudencia. Había querido hacer olvidar mi arrebató y demostrar al monstruo Policarpo que seguía dispensándole toda mi confianza á pesar de su veleidad, que había castigado cruelmente al intentar huir á los bosques. Bajo la influencia de esta zozobra, que aumentaba por momentos, me despedí del cura dándole gracias por su hospitalidad y por el presente que me había hecho.

A las cuatro de la madrugada nos embarcamos Miguel y yo, despues de hacer un rollo con la piel de la serpiente, que sin la cabeza tenía diez y nueve pies de largo; es decir que era muy grande en comparación con los boas pequeños del Jardín de las Plantas.

Al volver á bajar el río me asaltó un presentimiento que me esforcé por desechar, y me estremecí sin poder resistirlo al pensar que tal vez no encontraría mi canoa.

Ví á lo lejos una montaria en la que había tres mujeres, á quienes Miguel hizo una pregunta que no entendí, pero si oí en su respuesta la palabra *macaco*: habían, pues, visto mi canoa y los dos monos.

Llegamos un cuarto de hora despues.

Los monos se pusieron á chillar, y creí que Policarpo dormía. En el lugar en que la víspera había esperado estaban sentadas cuatro personas; un viejo, un negro y dos mujeres, probablemente para gozar del espectáculo de mi confusión, pues Policarpo había huido.

Entré sosegadamente en mi canoa, y dirigiendo una rápida mirada á los objetos de mas valor que poseía, hice su inventario en algunos segundos. Policarpo me había robado una carabina que había comprado en el Pará, y un sable que me servía para abrirme paso cuando la necesidad lo requiriera; habíase llevado además un saco de municiones, pólvora, cápsulas y una caja que contenía hilo, agujas, botones y unas tijeras.

A pesar de esto me consideré muy dichoso al recobrar mi canoa; hasta la fuga de Policarpo me puso de buen humor; y para que el bribón supiese hasta qué punto se había engañado creyendo que me jugaba una mala pasada, distribuí cachassa á los que allí se hallaban, é hice decir por conducto de Miguel que estaba muy contento al verme libre de un hol-

gazan inútil para todo, pues sospechaba que se había escondido entre aquella gente. Despedíme en seguida de los cuatro indios, y empuñé un remo, decidido á no soltarlo hasta llegar á Obidos. Sentéme en la delantera de la canoa al lado de Miguel, y le dije riéndome: *¡Vamos!* á lo que respondió repitiendo muy formalmente *¡Vamos!* y bajando por el Juruti con gran rapidez, entramos en el Amazonas al cerrar la noche. Una hora despues echamos al agua nuestra piedra, y no tardamos en quedarnos dormidos. Tiem-



Indio Mondurucu.

te nos esforzamos por llegar á una isla situada al lado opuesto de la orilla por cuya inmediacion pasábamos, porque se formaba á lo lejos una tempestad, retumbaba el trueno y considerábamos imposible hallar un abrigo en medio de los árboles arrancados que por aquella parte obstruían la tierra, que penetraba mucho en el río. En pocos instantes y antes de poder llegar á la otra orilla, la tormenta estalló sobre nosotros, y una lluvia á manera de torrente mezclada con granizo, nos hizo temer que nuestra canoa se llenase de agua en poco tiempo. En tanto que Miguel hacia bajar la piedra, nuestra áncora de salvacion, en toda la estension de la cuerda, yo me puse á vaciar la canoa con aquella *panela* que para tantos usos diferentes servia. Los pobres monos unian sus chillidos al fragor de la tempestad. Los relámpagos al alejarse nos dejaban en la mas profunda lóbreguez, y ni siquiera hablábamos. Cuando Miguel dejó caer al agua toda la cuerda, me ayudó á vaciar el agua que nos invadía por momentos. No era aque-

po era de descansar un poco, pues me sentía enfermo y casi exhausto de fuerzas.

Al dia siguiente nuestra navegacion fue fácil y rápida; aquella tarde desplegamos la vela para tomar tierra en una playa donde me proponia cazar un poco antes de la llegada de la noche; pero recorrí aquella playa desconocida sin mas resultado que estirar, como vulgarmente se dice, las piernas, y pasamos la noche en la arena.

Despues de remar todo el dia, á la mañana siguien-

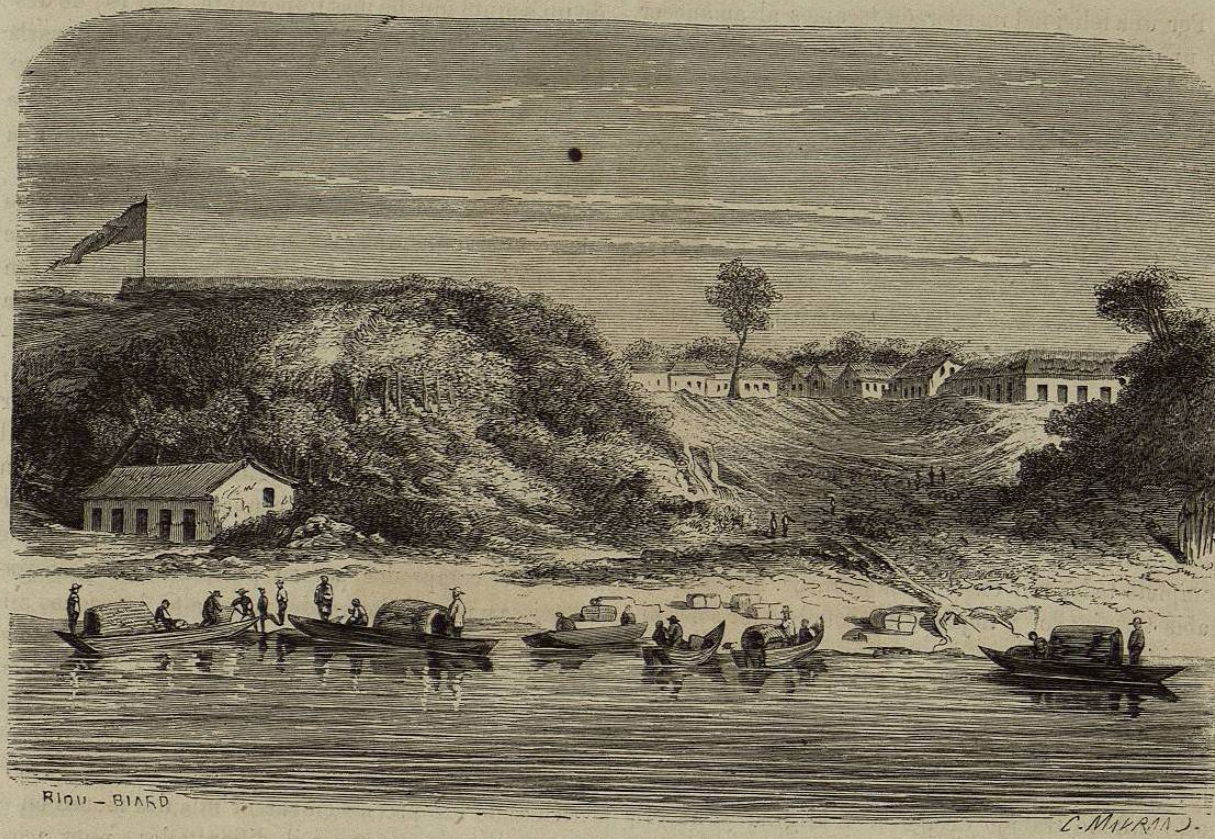
te, me acordé de la ocasion de pensar en mi debilidad permanente, pues si me hubiera desalentado y abandonado el indio á sí mismo, habria acaso cedido á la fatalidad, y ambos nos hubiéramos ahogado infaliblemente; mas, puesto que un blanco trabajaba, era preciso imitarle. La canoa hizo un movimiento imprevisto, volcó, y nos sentimos arrastrados por una fuerza irresistible. Lejos estaba entonces de Miguel y al extremo opuesto, cuando á la luz de los relámpagos le ví tirar de la cuerda, porque la piedra la habia roto, quedando en el fondo al romperla; así, pues, nos veíamos arrastrados por la corriente, sin medio alguno de resistencia.

Imposible me seria decir cuánto tiempo duró aquella espantosa navegacion: la canoa empujada por la corriente é impelida por un recio viento, giraba sobre sí misma sin ser posible dirigirla á pesar de nuestros esfuerzos, pues habíamos vuelto á empuñar los remos. Hubo un momento en que creímos descubrir unos terrenos á flor de agua, pero desaparecieron po-

co despues. No obstante, aquella señal me hizo concebir alguna esperanza; tomé el largo palo de que con tan buen éxito hice uso en otra ocasion crítica, y lo metí en el agua, aunque inútilmente la primera vez; pero repetí esta operacion con tanto mayor motivo cuanto que el remo no me servia para nada: por fortuna, una vez sentí el fondo, y prorumpiendo en un grito de alegría llamé á Miguel. Entonces empleamos todas nuestras fuerzas en sujetar el palo

gravitando sobre él, y la canoa se detuvo un instante. Nuestros esfuerzos reunidos hicieron entrar mas en el fondo el palo, nuestra única esperanza; pasamos toda la noche en tan aciaga situacion, y el dia nos encontró sujetándolo convulsivamente entre nuestras manos.

El peligro habia casi desaparecido; pero como el viento era todavía muy fuerte, consultamos lo que convenia hacer, porque el dia nos permitia ver dón-



Obidos.

de estábamos. La felicidad nos hizo encontrar una de las islas nuevamente salidas del agua, y si pudimos defendernos de la violencia del viento y de la corriente, fue porque habíamos estado abrigados por una parte alta que rompiendo las olas las habia desviado impidiéndolas llenar la canoa, mientras pesábamos sobre el palo que la sujetaba.

No habiendo abrigo cómodo en medio de aquellos terrenos desiguales y de aquellos canales, resolvimos ir á desembarcar á una isla que distaba al parecer dos leguas, y cuya blanca playa veíamos entonces. Abandonamos nuestro refugio, y en poco tiempo, impelidos por aquel viento de que ya podíamos servirnos, llegamos á una hermosa planicie de arena.

El sol calentaba ya tanto que para llegar hasta unos frondosos árboles á cuya sombra deseaba descansar, me ví precisado á correr á fin de no quemar-

me los pies. Miguel se apresuró por orden mia á darme un gran pedazo de piroroco comprado en Villabella y un *covi* lleno de harina, pues la galleta habia concluido hacia mucho tiempo; trájome tambien sal, aceite rancio y limones, de los que me servia en lugar de vinagre. Fraternalmente compartí con él estas delicadezas gastronómicas, y tendiéndonos luego sobre la arena, pasamos así parte del dia. Miguel hubiera de buena gana pasado tambien allí la noche, y lo mismo habria hecho yo á no desear poner pronto término á aquella navegacion, que por lo demás ya no me ofrecia interés alguno. Solo anhelaba una cosa: hallar otra playa, sacar algunos dibujos mas y empaquetarlo todo para hacer llevar al vapor mis baules cerrados.

El tiempo se habia serenado, la luna brillaba y algunos peces grandes que jugaban en el agua in-

timidaban á mis monos. De media en media hora, y por riguroso turno Miguel y yo vaciábamos el agua de la canoa, lo cual me parecia una razon mas para desear llegar. Era forzoso además tomar el partido de recurrir en lo sucesivo al vapor, pues ya no tenia á Policarpo, y Miguel solo se habia obligado á seguirme hasta Obidos; y suponiendo que hubiese querido avanzar hasta el Pará á pesar de los peligros de la bahía de Marajo, me hubiera sido imposible procurarme otros remeros.

Por una felicidad inesperada tocamos al amanecer en una de aquellas inmensas llanuras cortadas por grandes lagunas. A toda prisa hice mis preparativos para fotografiar, pero el sol caminaba aun mas aprisa, y cuando instalé mi tienda el calor era tan fuerte que hube de hacer mis estudios enteramente desnudo, lo cual me ocasionó pocos dias despues, á pesar de la costumbre que habia adquirido de quedarme con frecuencia de esta manera, no solo que la piel sino tambien la carne se me desprendiera á pedazos, de resultas de una terrible insolacion que se estendió por todo mi cuerpo.

¡Nada pude lograr! ¿Consistia esto en la tormenta de las noches anteriores? ¿O bien el horroroso Policarpo habia alterado, á consecuencia de tal ó cual mezcla, la naturaleza de alguno de mis productos químicos? Lo cierto es que me resolví á recoger por completo todos mis enseres fotográficos. Mi campaña habia terminado, y dejando á Miguel remar solo, hice mis paquetes.

Al llegar la noche mi compañero se durmió confiando á la corriente el cuidado de llevarnos; pero yo velaba. Durante todo el dia el viento habia sido vario, y cuando á las diez se presentó favorable me costó mucho trabajo despertar á Miguel y hacerle orientar la vela.

El buen Miguel, despues de M. Benito, que se equivocaba siempre, y despues del horroroso Policarpo, que se empeñaba en hacer todo lo contrario de lo que se le mandaba, era el hombre mas lento, mas tardo de que es posible formar idea. Necesitaba mucho tiempo para que todo estuviese convenientemente preparado, y á mi ordinario ¡*Vamos!* respondia con un *vaamoos* infinitamente mas largo que los anteriores, lo que no me inspiró gran confianza y me obligó á presenciar con toda atencion la maniobra.

Al salir el sol el viento esperimentó un nuevo cambio, siendo preciso bordear y pasar el dia sin poder coger el lápiz, único de mis trabajos que no ocasionaba molestias, único practicable cuando la necesidad me obligaba á encerrar los útiles de mis otros ramos de industria.

Volviendo el viento á mostrarse favorable aquella

noche, desperté otra vez con trabajo á Miguel y levantamos la vela pronunciando cada uno á nuestro modo la palabra *vamos*.

Al dia siguiente llegamos á Obidos, y atamos la canoa cerca de tierra al lado de otras muchas. Indeciso en cuanto á si me vestiria ó no para ir á hacer visitas, buscaba toda clase de pretextos á fin de eximirme de tan penosa carga; pero como se esperaba el vapor al dia siguiente, no tenia necesidad de adquirir nuevas relaciones. Tratábase, sin embargo, de un asunto mucho mas importante, esto es, de desprendirme de mi canoa, puesto que no podia llevarla al Pará.

En aquel momento, una vieja mulata, saltando de canoa en canoa, vino á sentarse en la inmediata á la mia para preguntarme si queria venderla, añadiendo que si tal era mi proyecto iria á buscar á su amo para que se entendiese conmigo. Esta proposicion me era muy conveniente, y procuré no desperdiciar tan propicia coyuntura. En efecto, un cuarto de hora despues de la partida de la vieja, un rollizo mercader portugués vino á sentarse á su vez delante de mí, deseando saber cuál era el precio de mi canoa, ó por mejor decir, á ofrecerme una cantidad por la cual solo perdía treinta francos. Acepté sin titubear un negocio que á entrambos convenia, pues si yo me desprendia de una canoa de la que no sabia ya qué hacer, el comprador por su parte salia no poco ganancioso, porque las maderas del alto Amazonas son tenidas en grande estima, y esto es probablemente lo que habia inducido á la vieja mulata á ponerse en acecho al verme desde lejos. Solo conservé la vela á fin de envolver con ella los objetos para los que no tenia cajones....

Cuando fue preciso embarcar mis dos monos en el vapor tropezamos con mil dificultades, pues acostumbrados á las soledades daban agudos chillidos y se asian fuertemente á cuanto encontraban. Yo seguia muy quebrantado de salud; por esto hice colgar desde luego mi hamaca, en la que permanecí durante todo el tiempo que necesitamos para llegar al Pará, donde la calentura me detuvo mas de un mes. Mi viaje por el Brasil habia terminado.

Un dia supe que allí estaba anclado un buque americano de pequeño porte, cargado de goma elástica, y aproveché tan buena ocasion para recorrer rápidamente los Estados-Unidos antes de volver á Francia. Ajusté mi pasaje y me despedí de mi patron, M. Le-duc, y de otros franceses que me habian recibido con la mayor bondad; dichos señores me acompañaron al *Federico-Domingo*, y no se separaron de mí hasta el último momento.

BIARD.

NAUFRAGIO Y ESCENAS DE ANTROPOFAGIA EN LA ISLA DE ROSSELL,

EN EL
ARCHIPIELAGO DE LA LUISIADA (MELANESIA.)
RELACION DE M. V. DE ROCHAS.

1858.

Naufragio del Saint-Paul.—El islote del refugio.—Los naufragos se ven atacados por los indijenas de la isla de Rosell.—Separacion.

En diciembre de 1858, siete naufragos franceses recogidos por la goleta inglesa, *Príncipe de Dinamarca*, llegaron á Puerto-de-Francia en la Nueva Caledonia. El jefe de aquellos desgraciados, capitán P..., se presentó á las autoridades de la colonia, en la que yo me encontraba á la sazón, y les hizo una relacion cuyo resúmen es el siguiente:

El capitán P... habia partido durante el mes de julio anterior, de Hong-Kong (China) en el *Saint-Paul*, con veinte hombres de tripulacion y trescientos diez y siete pasajeros chinos, ajustados para la explotacion de las minas de oro de la Australia. Contrariado durante mucho tiempo por las calmas, y amenazado por el hambre á causa de la anormal prolongacion de la travesía, se decidió á desviarse de la ruta ordinaria, que le hubiera hecho doblar las islas de Salomon, para tomar una que mas brevemente le condujese á Sidney, término de su viaje y le obligaba á pasar por entre las espesadas islas y el archipiélago de la Luisiada.

Esto era seguramente emprender un derrotero mas peligroso, pero obedecia á una imperiosa necesidad. Por desgracia, á las calmas sucedieron en breve los tiempos tempestuosos, y unas nieblas espesas que duraron tres dias consecutivos impidieron al capitán P... marcar el punto, es decir, averiguar por medio de la observacion del sol, su posicion exacta sobre el globo.

Era pues preciso navegar con arreglo á la estima media de rigor, con frecuencia engañosa, y que lo fue de tal manera en aquellas circunstancias, que al tercer dia el *Saint-Paul* naufragó. Pero ¿en dónde? Hé aquí lo que nadie sabia, á lo menos con exactitud; lo único que claramente se veia era que el buque se hallaba en la Melanesia, y por consiguiente en una tierra inhospitalaria: certidumbre por cierto poco tranquilizadora.

El buque habia encallado durante la noche, y cuando el sol alumbró la escena se vió que habia tropezado en la estremidad de un inmenso arrecife de

coral que se dilataba á manera de una cinta á algunos miles de metros de una tierra montañosa, cubierta de árboles y probablemente habitada. ¡Triste consuelo es en tales paises la posibilidad de hallar hombres al desembarcar en una playa desconocida! Si se dijese á un viajero que se dispone á atravesar regiones inesploradas, bosques vírgenes ó incultas pampas: «En las inmensas soledades en que vas á penetrar no te encontrarás solo, pues los leones y los tigres viven en ellas en numerosas bandas,» el pobre viajero, desagradablemente impresionado, contestaria indudablemente que prescindiria muy gustoso de tal compañía. Pues bien: los leones y los tigres no son mas ávidos de sangre humana que los salvajes de la isla á que habia sido arrojado el *Saint-Paul*.

Este, azotado por las olas que iban á chocar y estrellarse en el arrecife, tardó poco en abrirse y fue preciso abandonarlo. Los botes de que dispone un buque mercante hubieran sido insuficientes para trasportar á mas de trescientos hombres en el breve espacio de tiempo que podia trascurrir entre el momento del naufragio y el de la completa destruccion del *Saint-Paul*. Por fortuna, el escollo era vadeable, por decirlo asi, y los pobres naufragos habian podido llegar á pie á un islote situado entre el lugar del desastre y la isla que mas allá se descubria.

Era aquel un refugio que permitia esperar algun tiempo con seguridad el resultado de la exploracion que se trataba de verificar en una tierra mas habitable y fértil. Esta operacion era absolutamente indispensable, porque todo lo que se habia podido arrancar á los restos que como su presa se disputaban las olas, consistia en algunos barriles de harina empapada en agua, en alguna carne salada y en un pequeño número de cajas de conservas. ¡Mezquinos recursos para tan numeroso personal! Carecía además de agua dulce.

El capitán P..., acompañado de una parte de la tripulacion y de los pasajeros, desembarcó en tierra firme y eligió un campamento á orillas de un rio, á pocos pasos de la playa, y á la vista de la isla que llamaremos en lo sucesivo el *islote del Refugio*.

Encontráronse en efecto, como era de esperar, ha-